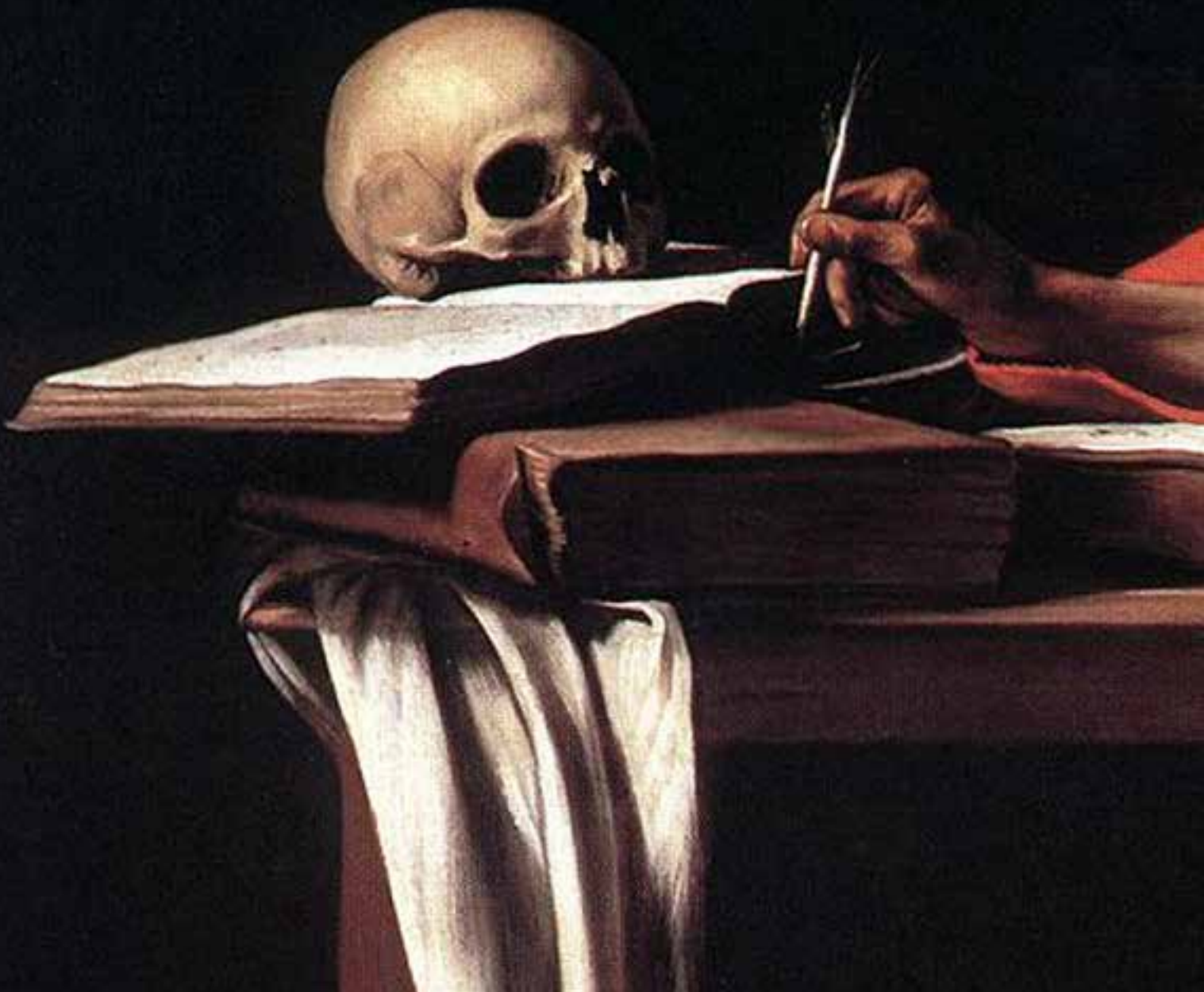


Vivo o *muerto?*



J. C. RYLE (1816-1900)

¿Vivo o muerto?

Contenido

1. Todos están espiritualmente muertos	3
2. Todos necesitan que Dios les dé vida	6
3. Cómo cobra vida un alma muerta.....	10
4. ¿Estás vivo?	13

Publicado originalmente en inglés bajo el título *Alive or Dead?*

© Copyright 2014 Chapel Library. Impreso en los EE.UU. Se otorga permiso expreso para reproducir este material por cualquier medio, siempre que 1) no se cobre más que un monto nominal por el costo de la duplicación, 2) se incluya esta nota de copyright y todo el texto que aparece en esta página.

A menos que se indique de otra manera, las citas bíblicas fueron tomadas de la Santa Biblia, Reina-Valera 1960.

En los Estados Unidos y en Canadá para recibir ejemplares adicionales de este folleto u otros materiales cristocéntricos, por favor póngase en contacto con

CHAPEL LIBRARY
2603 West Wright Street
Pensacola, Florida 32505 USA

chapel@mountzion.org • www.chapellibrary.org

En otros países, por favor contacte a uno de nuestros distribuidores internacionales listado en nuestro sitio de Internet, o baje nuestro material desde cualquier parte del mundo sin cargo alguno.

Publicaciones Faro de Gracia
COM-055 • 04831 DF
Mexico
055 5656-6355 • *www.farodegracia.org*

Iglesia Bautista la Gracia de Dios
Carrera 45 A 30 A sur 01 • Interior 501 • Envigado, Antioquia
Colombia 055422
chapel.library.colombia@gmail.com

Editorial Peregrino
La Almazara, 19 • 13350 Moral De Calatrava (C. REAL)
España
0926 349 634 • *www.editorialperegrino.com*

¿Vivo o muerto?

“Y él os dio vida..., cuando estabais muertos” (Efesios 2:1).

La pregunta merece una reflexión muy seria. Considérala con cuidado y examínala a fondo. Busca tu respuesta dentro de tu propio corazón y no cierres este librito sin antes enfrentarla seriamente. ¿Estás entre los vivos o los muertos?

Dame tu atención mientras trato de ayudarte a encontrar la respuesta y te muestro lo que Dios ha dicho sobre esto en las Sagradas Escrituras.

1. Todos están espiritualmente muertos

Te digo primero que, por naturaleza, todos estamos espiritualmente muertos.

“Muerto” es una palabra fuerte, pero no la he acuñado ni inventado yo. Yo no la escogí. El Espíritu Santo guió a Pablo a escribirla refiriéndose a los efesios: “Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos” (Ef. 2:1). El Señor Jesucristo la usó en la parábola del hijo pródigo: “Este mi hijo muerto era, y ha revivido” (Luc. 15:24, 32). La verás también en la Primera Epístola a Timoteo: “Pero la que se entrega a los placeres, viviendo está muerta” (1 Tim. 5:6). ¿Puede algún mortal ser más sabio de lo que está escrito? ¿No es cierto que debo atenerme a decir lo que dice la Biblia, ni una palabra más ni una menos?

“Muerto” es una idea terrible, y una que el hombre se resiste a aceptar. No le gusta admitir la magnitud del mal que sufre su alma, cierra los ojos a la gravedad del peligro que corre. Muchos aceptarían que dijera que Los que constituyen la mayoría “no son lo que debieran ser: son desconsiderados, inestables, indiferentes, desenfrenados, no son lo serio que debieran ser”. Pero ¿muertos? ¡Ay, no! No digamos eso. Decirlo es exagerar. La idea es piedra de tropiezo, y roca que hace caer.

Pero lo que nos gusta o no nos gusta de la religión es de poca importancia. La única pregunta válida es: ¿Qué está escrito? ¿Qué dice el Señor? Los pensamientos de Dios no son los pensamientos del hombre ni las palabras de Dios las palabras del hombre. Dios dice que toda persona sobre la tierra que no es verdadera, total y auténticamente cristiana, no importa que sea de buena posición o no, sea rico o pobre, viejo o joven, está espiritualmente muerto.

En esto, como en todo lo demás, las palabras de Dios son certeras. No podemos decir nada que sea más correcto, nada más fiel, nada más cierto. Piensa en esto:

¿Qué habrías dicho si hubieras visto llorar a José aferrado a su padre Jacob? “Entonces se echó José sobre el rostro de su padre, y lloró sobre él, y lo besó” (Gén. 50:1). A pesar de sus lágrimas, no hubo ninguna reacción a sus muestras de cariño. Todo en el semblante envejecido siguió impasible, silencioso y quieto. Sin duda hubieras adivinado la razón: Jacob estaba muerto.

¿Qué habrías dicho si hubieras visto pasar al hijo de la viuda cerca de las puertas de Nain en un féretro, envuelto en un sudario, seguido por su madre que, llorando, lo llevaba a su sepultura? (Luc. 7:12). Sin duda, te hubieras dado cuenta de lo que pasaba. No hubieras necesitado una explicación: el joven estaba muerto.

Afirmo que esto no es más que la condición del hombre en lo que respecta a su alma. Afirmo también que este es justamente el estado en que se encuentra espiritualmente la gran mayoría a nuestro alrededor. Dios los llama continuamente —por medio de sus bendiciones, infortunios, de pastores e incluso por medio de su propia Palabra— pero no escuchan su voz. El Señor Jesucristo llora por ellos, les suplica, les ofrece su misericordia, llama a la puerta de sus corazones pero no le hacen caso. Esa corona y gloria de su existencia, esa joya tan preciada que es su alma inmortal es arrebatada, saqueada y acarreada a la perdición, sin que les importe en los más mínimo. El diablo se los está llevando día tras día por el camino ancho que lleva a la destrucción, y ellos se dejan llevar cautivos sin ofrecer ninguna resistencia. Y esto está sucediendo por todas partes: a nuestro alrededor, entre todas las clases sociales y por todo mundo. Al leer estas palabras, tú sabes muy bien que es así. No puedes negarlo. Por lo tanto te pregunto: ¿Qué, entonces, puede decirse con más perfección que lo que Dios dice: que, por naturaleza, todos estamos espiritualmente muertos?

Cuando el corazón del hombre es frío e indiferente hacia la religión, cuando sus manos nunca son empleadas para hacer la obra de Dios, cuando sus pies no andan por los caminos de Dios, cuando su boca apenas o nunca es usada para orar y alabar al Señor, cuando sus oídos son sordos a la voz de Cristo en el evangelio, cuando sus ojos son ciegos a la hermosura del reino de los cielos, cuando su mente se llena de cosas terrenales y no deja ni un rinconcito para las espirituales, entonces podemos afirmar sin temor a equivocarnos que la palabra que lo define es: “Muerto”.

Quizá esto no nos guste. Podemos cerrar los ojos a la realidad del mundo y al contenido de la Palabra de Dios. Sin embargo, la verdad de Dios tiene que ser proclamada pues no hacerlo inflige un daño irreparable. La verdad tiene que ser proclamada siempre, por más condenatoria que sea. Mientras a Dios no sirve con todo su cuerpo, espíritu y alma, el hombre no está realmente vivo. Mientras da menos importancia a las cosas de primera importancia y más importancia a las cosas que no la tienen, entierra su talento como el siervo inútil, y no le trae a Dios frutos meritorios, a los ojos de Dios, está muerto. No ocupa el lugar en la creación para el cual nació, no está usando sus capacidades y facultades como Dios tuvo la intención que las usara. Las palabras del poeta son muy ciertas:

*“Solo vive aquel que para Dios vive,
Y todos los demás muertos están”.*

Esta es la verdadera explicación de la condición humana cuando los pecados no se sienten, los sermones no se escuchan, los buenos consejos no se siguen, el evangelio es ignorado, cuando no se renuncia al mundo, la cruz no se lleva, ni se deja a un lado la voluntad propia, ni se abandonan las malas costumbres, cuando apenas se lee la Biblia y

las rodillas nunca se doblan para orar. ¿Por qué sucede todo esto en todas partes? La respuesta es sencilla: Los hombres están muertos.

Esta es la verdadera versión de la lista de excusas que tantos hacen. Algunos no tienen preparación, y otros no tienen tiempo. Algunos están obsesionados con sus negocios y el dinero, y algunos con su pobreza. Algunos sufren dificultades en su familia y otros con su salud. Algunos tienen problemas que les impiden responder a su llamamiento que, según dicen, los demás no comprenden; y otros tienen inconvenientes en el hogar y esperan que de algún modo se solucionen. Pero Dios tiene una descripción muy breve en la Biblia para todos ellos. Dice: Están muertos. Si germinara la semilla de la vida espiritual en ellos, sus excusas pronto desaparecerían.

Esta es la verdadera explicación de muchas cosas que quebrantan el corazón del pastor que es fiel a Dios. Muchos a su alrededor nunca asisten a un culto. Algunos asisten tan esporádicamente que resulta claro que no le dan importancia. Muchos asisten una vez el domingo cuando bien pudieran hacerlo dos veces. Muchos nunca participan de la mesa del Señor ni de ningún medio de gracia entre semana. ¿Y por qué es esto? Con frecuencia, con demasiada frecuencia, hay solo una respuesta posible: Están muertos.

Veamos ahora cómo debiera examinarse a sí mismo todo aquel que profesa ser cristiano y poner a prueba su condición. No es solo en los cementerios que encontramos a los muertos; hay demasiados dentro de nuestras iglesias y cerca de nuestros púlpitos, demasiados en los bancos y asientos. El mundo es como el valle en la visión de Ezequiel: “Lleno de huesos... muchísimos sobre la faz del campo, y por cierto secos en gran manera” (Eze. 37:1-2). Hay almas muertas en todas nuestras congregaciones y por las calles. Es prácticamente imposible encontrar una familia en que todos sus integrantes anden en los caminos del Señor, prácticamente imposible encontrar un hogar en que no haya un muerto. ¡Pongamos nuestra atención en nuestro hogar y busquemos e investiguemos la realidad! Pongámonos a prueba nosotros mismos. ¿Estamos vivos o muertos?

Qué triste es la condición de todos los que no han pasado por un cambio espiritual, cuyo corazón está igual que el día cuando nacieron. Existe una gran división entre ellos y el cielo. Todavía les falta pasar “de muerte a vida” (1 Juan 3:14). ¡Ah, si tan solo pudieran ver y saber el peligro que corren! ¡Esta es una muestra espantosa de muerte espiritual que, como la muerte natural, no se siente! Suave y cariñosamente colocamos a nuestros queridos en sus estrechos ataúdes, pero no sienten nada de lo que hacemos. “Los muertos”, dice el sabio, “nada saben” (Ecl. 9:5). Y este es precisamente el caso de las almas muertas.

Veamos también la razón por la cual los pastores nos preocupamos tanto por nuestras congregaciones. Sentimos que el tiempo es corto y la vida incierta. Sabemos que la muerte espiritual es el camino ancho que lleva a la muerte eterna. Sentimos temor, no sea que alguno de nuestros oyentes muera en sus pecados, sin estar preparado, impenitente, sin haber cambiado. ¡No te asombres si a menudo hablamos enérgicamente y alegamos intensamente contigo! Nuestra misión no es halagarte ni entretenerte con sandeces, ni contarte historias lindas, ni exclamar: “Paz, paz”, cuando se trata nada

menos que de una cuestión de vida o muerte. La plaga está entre nosotros. Sentimos que estamos posicionados entre los vivos y los muertos. Tenemos que ser y seremos muy francos. “Si la trompeta diere sonido incierto, ¿quién se preparará para la batalla?” (2 Cor. 3:12; 1 Cor. 14:8).

2. Todos necesitan que Dios les dé vida

En segundo lugar quiero decirte que todos los hombres necesitan ser vivificados y estar espiritualmente vivos.

La vida es el mayor bien que se puede tener. Pasar de muerte a vida es el más importante de los cambios. Y ningún cambio que sea menos que este podrá jamás preparar el alma humana para el cielo.

No se trata de una pequeña reparación o compostura lo que buscamos, ni tampoco un poco de limpieza y purificación, ni una mano de pintura o un remiendo, ni dar vuelta una página y empezar de nuevo. Queremos algo totalmente nuevo, tener una nueva naturaleza en nuestro interior, un nuevo ser, un nuevo comienzo, nuevos principios, una nueva manera de pensar; solo esto, y nada que sea menos que esto, podrá jamás satisfacer las necesidades del alma. No necesitamos meramente un exterior nuevo, sino un corazón nuevo.

Extraer un bloque de mármol de una cantera y esculpirlo hasta convertirlo en una majestuosa estatua, transformar un árido desierto en un jardín lleno de flores, fundir un trozo de hierro y con él forjar resortes para un reloj: todo esto es lograr cambios tremendos. No obstante, todos estos cambios se quedan a medio camino de los requisitos para la transformación que requiere todo hijo de Adán porque son meramente las mismas cosas con distinto aspecto, las mismas sustancias con una configuración diferente. En cambio, el hombre necesita que se le injerte algo que nunca antes fue, un cambio tan grande como lo es la resurrección de entre los muertos; tiene que convertirse en una nueva criatura. Las cosas viejas deben pasar y todas deben ser hechas nuevas. El hombre tiene que “volver a nacer”, nacer de lo Alto, nacer de Dios. El nacimiento natural es tan necesario para la vida del cuerpo, como el nacimiento espiritual lo es para la vida del alma (2 Cor. 5:17; Juan 3:3).

Sé que decir esto es duro. Sé que a los hijos del mundo no les gusta oír que tienen que nacer de nuevo. Les hace remorder la conciencia: les hace sentir que están más lejos del cielo de lo que quieren admitir. Les parece una puerta angosta por la cual todavía no están dispuestos a encogerse para entrar, una puerta que quisieran agrandar o atravesar de otra manera. Pero no me atrevo a hacer concesiones en este punto. No voy a crear la ilusión falsa de que para ser cristianos auténticos solo tienen que arrepentirse un poco y cultivar algún don. No me atrevo a usar otro lenguaje que no sea el de la Biblia; y digo, en palabras escritas para nosotros que “todos necesitamos nacer de nuevo, todos nacemos muertos y necesitamos que Dios nos dé vida”.

Si hubiéramos visto a Manasés, Rey de Judá, primero llenando a Jerusalén de ídolos y sacrificando a sus hijos a dioses falsos, pero más adelante purificando el templo, quitando la idolatría y viviendo una vida consagrada a Dios; si hubiéramos visto a

Zaqueo, el publicano de Jericó, primero ruin, ladrón y codicioso, pero luego siguiendo a Cristo, dando la mitad de sus bienes a los pobres; si hubiéramos visto a los siervos de Nerón, primero siguiendo los pasos ruines y disolutos de su amo; pero luego siendo del mismo sentir que el apóstol Pablo; si hubiéramos visto al que conocemos como San Agustín de Ipona primero abandonándose a la fornicación, pero luego andando muy cerca de Dios, o a Latimer, el reformador inglés, primero predicando apasionadamente en contra de la verdad del evangelio de Jesús, pero luego dando su vida por su causa aun hasta la muerte, si hubiéramos visto cualquiera de estos cambios maravillosos, pregunto qué hubiéramos dicho si somos realmente cristianos. ¿Nos hubiéramos conformado con decir que todo no fue más que reformas y modificaciones? ¿Hubiéramos estado satisfechos con decir que Agustín se “había reformado” o que Latimer había “dado vuelta una página” en su vida? Si esto fuera todo lo que podríamos decir al respecto, las mismísimas piedras clamarían al cielo. Afirmino que en todos estos casos hubo ni más ni menos que un nuevo nacimiento, una resurrección de la naturaleza humana, un revivir de los muertos. Estas son las palabras correctas para usar. Cualquiera otro modo de decirlo es pusilánime, perjudicial, insuficiente, y no se ajusta a la verdad.

Ahora bien, no vacilo en decir llanamente que todos tenemos que pasar por el mismo tipo de transición si hemos de ser salvos. La diferencia entre nosotros y cualquiera de los mencionados es mucho menor de lo que parece. Quitemos la capa exterior, y encontraremos debajo la misma naturaleza en nosotros como en ellos, una naturaleza pecaminosa que requiere un cambio completo. La superficie de la tierra varía mucho de un clima a otro, pero en su centro es igual en todas partes. Vayas donde vayas en cualquier punto del planeta, si te pusieras a perforar a una determinada profundidad, encontrarías siempre el mismo granito u otras rocas antiguas. Sucede lo mismo con el corazón de los hombres. Sus tradiciones y el color de su piel, sus costumbres y su leyes pueden ser muy diferentes, pero el hombre interior es siempre el mismo. En el fondo, sus corazones son iguales: todos de piedra, todos duros, todos impíos necesitando una transformación total. Tanto el creyente como el pagano se encuentran en un mismo nivel en este sentido. Ambos están muertos por naturaleza y ambos necesitan ser vivificados. Ambos son hijos del mismo padre Adán que cayó en pecado, y ambos necesitan “nacer de nuevo” y ser convertidos en hijos de Dios.

Sea cual sea el lugar de la tierra donde vivimos, nuestros ojos necesitan ser abiertos, pero nuestra naturaleza no nos deja ver nuestra propia impiedad, ni nuestra culpa ni el peligro que nos acecha. Sea cual sea el país donde vivimos, necesitamos ser iluminados. Por naturaleza, poco o nada sabemos del plan de salvación, ya que como los constructores de la Torre de Babel, pensamos alcanzar el cielo por nuestros propios medios. Sea cual sea la iglesia a la cual pertenecemos, nuestra voluntad tiene que ser encaminada en la dirección correcta. Por naturaleza nunca escogemos las cosas que nos brindan paz interior, nunca acudimos a Cristo. Sea cual sea nuestra posición en la vida, nuestro interés debe centrarse en las cosas de lo Alto. Por naturaleza nos interesamos solo en cosas inferiores, terrenales, sensuales, percederas y vanas. El orgullo debe dar paso a la humildad, el fariseísmo a la sinceridad, la indiferencia al interés profundo, la

mundanalidad a la santidad, la incredulidad a la fe. El dominio de Satanás tiene que ser eliminado de nuestro interior y ser sustituido por el Reino de Dios. El yo tiene que ser crucificado y tiene que reinar Cristo en nosotros. Hasta que no sucedan todas estas cosas, estamos tan muertos como las piedras. Cuando comienzan a ocurrir estas cosas, y no antes, tenemos vida.

Me atrevo a decir que esto puede parecerles locura a algunos. Pero muchos que tienen vida podrían ponerse de pie hoy y testificar que esto es cierto. Muchos podrían decirnos que saben por experiencia que es incuestionable y que realmente se sienten como un hombre nuevo. Aman las cosas que antes aborrecían, y aborrecen las cosas que antes amaban. Tienen nuevos hábitos, nuevos amigos, nuevas costumbres, nuevos gustos, nuevos sentimientos, nuevas opiniones, nuevos sufrimientos, nuevas alegrías, nuevas ansiedades, nuevos placeres, nuevas esperanzas y nuevos temores. En resumen, las actitudes y el rumbo de su vida han cambiado. Pregúntales a sus familiares y amigos más allegados, y darán fe que es así. Les guste o no, no pueden menos que confesar que ya no son los mismos.

Más de uno podría decirte que antes no se consideraba tan pecador. No se figuraba peor que los demás. Ahora diría con el apóstol Pablo que se siente como el peor de los pecadores (1 Tim. 1:15).

Antes no creía ser malo. A lo mejor tenía sus defectos y se dejaba llevar por las malas compañías y las tentaciones, pero en el fondo se creía bueno. Ahora diría que no conoce a nadie tan malo como era él, cuyo corazón era “engañoso... más que todas las cosas, y perverso” (Jer. 17:9).

Antes no le parecía que fuera difícil ir al cielo. Creía que solo tenía que arrepentirse, orar unas cuantas oraciones, hacer lo que podía, y que Cristo completaría lo que faltaba. Ahora cree que el camino es angosto y que pocos lo encuentran. Está seguro de que nunca hubiera encontrar paz con Dios por sus propios medios, y de que solo la sangre de Cristo, y ninguna otra cosa, puede borrar sus pecados. Su única esperanza es “ser justificado por fin sin las obras de la ley” (Rom. 3:28).

Antes no podía ver belleza y excelencia alguna en el Señor Jesucristo. No podía entender por qué algunos pastores hablaban tanto de él. Ahora te diría que es la perla de gran precio, lo más importante en su vida, su Redentor, su Abogado, su Sacerdote, su Rey, su Médico, su Pastor, su Amigo, su Todo.

Antes pensaba superficialmente acerca del pecado. No veía la necesidad de darle mucho valor. No creía que las palabras, los pensamientos y acciones del hombre fueran de tanta importancia y requirieran tanto cuidado. Ahora te diría que el pecado es algo abominable que aborrece el dolor y la carga de su vida. Anhela ser más santo. Se identifica con el deseo de Whitefield: “Quiero ir donde ya no peque yo y donde ya no pueda ver pecar a otros”.

Antes no disfrutaba de los medios de gracia. Se despreocupaba de la Biblia. Sus oraciones, si es que las había, eran mero formulismo. El domingo era un día aburrido. Los sermones eran cansadores que a menudo lo ponían a dormir. Ahora todo ha cambiado, todas estas cosas son alimento, consuelo y el regocijo de su alma.

Antes detestaba a los cristianos sinceros, los rechazaba por considerarlos gente apagada, sin entusiasmo, débil. Ahora son los más excelentes de cuyas excelencias nunca podría decir demasiado. Nunca es tan feliz como cuando está en su compañía. Ahora siente que si todos fueran santos, esto sería el cielo sobre la tierra.

Antes se interesaba solo por las cosas de este mundo, sus placeres, sus propios negocios, sus ocupaciones, sus recompensas. Ahora ve este mundo como un lugar vacío que no satisface, un lugar de paso como una posada, una hostería, una escuela de preparación para la vida venidera. Su tesoro se encuentra en el cielo. Su hogar está más allá de la tumba.

Vuelvo a preguntar: ¿Qué es esto sino una vida nueva? Un cambio como los que he descrito no es fruto de una visión ni una fantasía. Es algo real, verdadero, que muchos en este mundo han conocido o sentido. No es un fruto de nuestra imaginación, sino una acción verídica que algunos tenemos al alcance de la mano en este mismo momento. Dondequiera que ocurra este cambio, allí verás esto de lo cual te estoy hablando, verás que el muerto es vivificado, es una nueva criatura, un alma que ha vuelto a nacer.

¡Ojalá que transformaciones como estas ocurrieran más a menudo! Ojalá que no hubiera tantas multitudes de las que tenemos que decir con lágrimas en los ojos, que nada saben de esta maravilla. Pero, ocurra esto con frecuencia o no, una cosa es segura: este es el tipo de transformación que todos necesitamos. No creo que todos tengamos que tener exactamente la misma experiencia. Admito que el cambio en diferentes personas es diferente en cuanto a su grado, extensión e intensidad. Puede que la gracia sea débil, pero aun así es auténtica. Lo que puedo afirmar con seguridad es que todos tenemos que pasar por algo de este tipo si hemos de ser salvos. Hasta que haya sucedido este tipo de cambio, no hay nada de vida en nosotros. Podemos ser personas físicamente vivas que van a la iglesia, pero no somos cristianos.

Tarde o temprano, entre la cuna y la tumba, todos los que van a ser salvos tienen que ser vivificados. Las palabras que el buen señor Berridge hizo grabar en su lápida son fieles y ciertas: “¡Tú, mortal que lees estas palabras! ¿Has nacido de nuevo? ¡Recuerda! ¡No hay salvación sin un nuevo nacimiento!”

Ya ves qué distancia insalvable separa al que es cristiano solo de nombre y apariencia del que es cristiano de hecho y de verdad. No es una diferencia basada en que uno es un poco mejor que el otro y el otro un poco peor que su prójimo. Es la diferencia entre un estado de vida y un estado de muerte. La hojita de pasto más pequeña que crece en la cima de la montaña es de más valor que la flor artificial más perfecta que jamás se haya fabricado, porque la hojita tiene aquello que ninguna ciencia humana puede transmitir: tiene vida. La más espléndida estatua de mármol griega o romana no es nada comparada con el niño pobre y enfermizo que se arrastra por el suelo de una choza pues, por más bella que sea la estatua, no tiene vida. El miembro más débil de la familia de Cristo tiene mucho más valor y es máspreciado a los ojos de Dios que el hombre del mundo más prominente. El primero vive para Dios y vivirá para siempre; el otro, con toda su superioridad, sigue muerto en su pecado.

¡Tú que has pasado de muerte a vida, buena razón tienes para sentirte agradecido! Recuerda cómo eras antes por naturaleza y mira cómo eres ahora por la gracia divina. Mira los huesos secos en las tumbas. Así eras tú. ¿Y quién te ha hecho diferente? Vé y póstrate ante el estrado de tu Dios. Dale gracias por su gracia, por la gracia que lo caracteriza porque la da libremente. Dile a menudo: “¿Quién soy yo, Señor mío, para que me hayas traído hasta aquí? ¿Por qué yo? ¿Por qué has sido misericordioso conmigo?”

3. Cómo cobra vida un alma muerta

En tercer lugar, consideremos cómo el alma muerta puede pasar a estar espiritualmente viva.

Si no te explico esto, sería una crueldad haberte escrito lo que acabo de escribir. Hubiera sido llevarte a un árido desierto y dejarte allí sin pan y agua. O como ordenarte a fabricar ladrillos sin darte el barro. No, no haré tal cosa. No te dejaré hasta haberte señalado la puerta hacia la que tienes que apresurarte. Con la ayuda de Dios, te presentaré todo lo que Dios ha provisto para las almas muertas.

Hay algo que es muy claro: no podemos efectuar este poderoso cambio por nuestros propios medios. No es de nosotros. No tenemos la fuerza ni el poder de hacerlo. Podemos cambiar nuestros pecados, pero no podemos cambiar nuestro corazón. Podemos adoptar nuevas costumbres, pero no una nueva naturaleza. Podemos lograr grandes reformas y modificaciones en nuestro modo de ser. Podemos dejar muchos malos hábitos y comenzar a cumplir muchos deberes positivos. Pero no podemos crear un nuevo principio dentro de nuestro ser. No podemos crear algo de la nada. El etíope no puede cambiar el color de su piel, ni el leopardo quitarse las manchas. Así tampoco podemos nosotros dar vida a nuestra propia alma (Jer. 13:34).

Hay algo más que es igual de claro: ningún otro ser humano puede hacerlo tampoco. Los pastores pueden predicarnos el evangelio, orar con nosotros, bautizarnos, aceptarnos a la mesa del Señor ofreciéndonos el pan y el vino, pero no pueden conferirnos la vida espiritual. Exteriormente pueden poner orden donde hay desorden y lograr que haya decencia donde prevalece la indecencia del pecado, pero no pueden penetrar nuestro interior. No pueden alcanzar nuestros corazones. Pablo pudo plantar y Apolo regar, pero solo Dios pudo dar el crecimiento (1 Cor. 3:6).

¿Quién pues, puede dar vida al alma muerta? Nadie más que Dios. Solo él, que de la nada creó el mundo, es el único que puede hacer una nueva criatura. Él, que creó al hombre del polvo y dio vida a su cuerpo, puede dar vida a su alma. Suyo es este cometido especial que realiza por medio de su Espíritu Santo, y suyo también es el poder para cumplirlo.

El glorioso evangelio hace previsión para esto. El Señor Jesús es el Salvador absoluto. Esa cabeza viva y poderosa no tiene miembros muertos. Su pueblo no solo ha sido justificado y perdonado sino también, vivificado junto con él, siendo partícipe de su resurrección. El Espíritu Santo lo une a él y por esa unión lo hace pasar de muerte a vida. En él, el pecador vive después de haber creído. El origen de toda su vitalidad es la unión entre Cristo y su alma, que el Espíritu comienza y mantiene. Cristo es la fuente

designada de toda vida espiritual, y el Espíritu Santo el agente designado que transmite esa vida a nuestra alma.

Si anhelas esta vida, ven a Jesús. No te rechazará. El momento en que el muerto “tocó los huesos de Eliseo, revivió, y se levantó sobre sus pies” (2 Rey. 13:21). En el instante que tocas al Señor Jesús con el toque de fe, pasas de muerte a vida por obra de Dios quien a la vez te perdona todos tus pecados. Ven a Jesús, y tu alma vivirá.

Nunca pierdo la esperanza de que alguien llegue a ser salvo, no importa lo que haya sido en el pasado. Sé lo inmenso que es el cambio de muerte a vida. Conozco las formidables divisiones que parecen interponerse entre nosotros y el cielo. Soy consciente de la dureza, los prejuicios y la impiedad desesperante del corazón en su estado natural. Pero recuerdo que Dios el Padre creó este hermoso y bien ordenado mundo de la nada. Recuerdo que la voz del Señor Jesús pudo alcanzar a Lázaro cuando llevaba cuatro días de muerto, y que lo llamó para que se levantara de la muerte. Recuerdo las victorias maravillosas que el Espíritu de Dios ha obtenido en cada nación debajo el cielo. Recuerdo todo esto, y siento que no tengo por qué desesperarme. Aquellos de entre nosotros que parecen ahora completamente muertos en sus pecados, pueden aún ser levantados de la muerte y andar ante Dios en novedad de vida.

El Espíritu Santo es un espíritu misericordioso y lleno de amor. No rechaza a nadie por su maldad. No excluye a nadie porque sus pecados sean los peores que puede haber.

No había en los corintios ningún mérito por el cual el Espíritu Santo descendiera y les diera vida. Pablo les dijo: “Ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se echan con varones, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los estafadores, heredarán el reino de Dios. Y esto erais algunos; mas ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios” (1 Cor. 6:9-11).

Tampoco había en los colosenses nada meritorio como para que tocara a sus corazones. Pablo nos dice que andaban en la fornicación, la impureza, en las pasiones desordenadas, en malos deseos y en la avaricia, que es idolatría. Aun así, el Espíritu Santo les ofreció la nueva vida, despojándolos “del viejo hombre con sus hechos, y revestido de nuevo el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno” (Col. 3:5-10).

No había nada en María Magdalena que la hiciera digna de que el Espíritu Santo diera vida a su alma. Había sido poseída por “siete demonios” en el pasado. Aun a ella el Espíritu la convirtió en una nueva criatura y, separándola de sus pecados, la llevó a Cristo y la cambió tanto que fue “la última en dejar la cruz y la primera en ir al sepulcro”.

Jamás, no, jamás rechazará el Espíritu Santo a un alma por culpa de su corrupción. Nunca lo ha hecho y nunca lo hará. Su gloria es que ha purificado la mente de aun los más impuros, haciendo de ellos su templo en el cual morar. Hasta puede tomar al peor de los hombres y hacerlo objeto de su gracia.

El Espíritu de Dios es un espíritu todopoderoso. Puede transformar el corazón de piedra en un corazón de carne. Puede romper y destruir los peores vicios y los más contumaces como si fueran estopa en el fuego. Puede hacer que lo más difícil sea fácil y que las objeciones más fuertes se derritan como el hielo en primavera. Puede limar los barrotes de metal y abrir de par en par las puertas de los prejuicios. Puede llenar cada valle y allanar todo lugar escabroso. Lo ha hecho muchas veces y puede volver a hacerlo.

El Espíritu Santo puede tomar a ese judío enemigo acérrimo del cristianismo, el enemigo más fiero de los verdaderos creyentes, el promotor más fanático de las ideas farisaicas, el opositor más perjudicado de la doctrina evangélica, y convertirlo en el predicador más ferviente de la fe que antes quería destruir. En realidad, ya lo ha hecho. Lo ha hecho con el apóstol Pablo.

El Espíritu Santo puede tomar a un monje católico, criado en medio de la superstición romana, enseñado desde su infancia a creer una doctrina falsa y a obedecer al Papa, inculcado totalmente en el error, y convertirlo en el adalid más claro de la justificación por fe que el mundo haya visto jamás. Y ya lo ha hecho. Lo ha hecho con Martín Lutero.

El Espíritu Santo puede tomar a un hojalatero inglés, ignorante, desprotegido, sin dinero; un hombre conocido nada más que por sus blasfemias y groserías, y hacer que escribiera un libro religioso que permanece sin rival y sin paralelos entre todos los libros escritos desde la época de los apóstoles. Y ya lo ha hecho. Lo hizo con Juan Bunyan, autor de *El progreso del peregrino*¹.

El Espíritu Santo puede tomar un marino naufragado en la mundanalidad y el pecado, un capitán libertino de un barco negrero, y convertirlo en un exitoso predicador del evangelio, un escritor de cartas que son una biblioteca de religión experimental y de himnos conocidos y cantados en muchos idiomas. Y ya lo he hecho. Lo ha hecho con John Newton.

Todo esto ha hecho el Espíritu Santo, y mucho más. Sus obras no han disminuido, su poder no ha mermado, pues es como nuestro Señor Jesús: “El mismo ayer, y hoy, y por los siglos” (Heb. 13:8). Sigue haciendo milagros y los seguirá haciendo hasta el día final.

Vuelvo a repetir que nunca pierdo la esperanza de que un alma cobre vida. La perdería si dependiera del hombre. Algunos parecen tan endurecidos, que no debiera tener esperanza. Me daría por vencido si dependiera de la obra de los pastores. ¡El mejor de nosotros es pobre y débil! Pero no puedo desesperarme cuando recuerdo que el Espíritu de Dios es el agente que da vida al alma, porque sé y estoy convencido de que con él, nada es imposible.

¹ *El progreso del peregrino por Bunyan* – esta alegoría cristiana ha estado en circulación desde su primera impresión en 1678 y, después de la Biblia, es el libro de mejor venta de todo los tiempos. A su disposición en CHAPEL LIBRARY.

No me sorprendería si el hombre más endurecido de entre mis conocidos se ablandara y que el más soberbio se rindiera a los pies de Jesús.

No me sorprendería encontrarme con muchos a la diestra del Señor en el Día del Juicio Final, quienes, al morir yo, dejé andando por el camino ancho. No les diré: “¡Cómo! ¿Ustedes aquí?” Solo les recordaré: “¿No les decía yo cuando todavía estaba entre ustedes? Nada es imposible para aquel que da vida a los muertos”.

¿Anhela alguno de nosotros ayudar a la iglesia de Cristo? Entonces ore pidiendo un gran derramamiento del Espíritu. Solo él puede dar profundidad a los sermones, discernimiento al consejo, poder a la exhortación y derrumbar las altas murallas de los corazones pecadores. No son los sermones mejor elaborados ni los mensajes mejor escritos lo que hoy se necesitan, sino más de la presencia del Espíritu Santo.

¿Sientes alguna inclinación hacia Dios, alguna preocupación por tu alma inmortal? Entonces corre hacia ese manantial de agua viva que es el Señor Jesucristo, y recibirás el Espíritu Santo (Juan 7:39). Empieza a orar inmediatamente al Espíritu Santo. No pienses que no hay esperanza para ti. El Espíritu Santo ha sido prometido “a los que al Padre celestial se lo pidan” (Luc. 11:13). Su propio nombre es: Espíritu de promesa y Espíritu de vida. No le des descanso hasta que descienda y te dé un corazón nuevo. Clama con todas tus fuerzas al Señor, y dile: “Bendíceme, sí a mí, vivifícame y dame vida”.

4. ¿Estás vivo?

Resumiré ahora todo lo dicho para su aplicación.

A. En primer lugar quiero preguntar a cada uno de mis lectores: “¿Estás muerto o estás vivo?”

Como embajador de Cristo quiero insistir en esta pregunta. Existen solo dos caminos: el angosto y el ancho, dos tipos de compañía en el Juicio Final: los que estarán a la diestra del Señor y los que estarán a su izquierda, hay dos clases de personas en la iglesia de Cristo y entre una de las dos te encuentras tú. ¿Dónde te encuentras? ¿Entre los vivos o entre los muertos?

Te hablo a ti, y solo a ti, no a tu vecino sino a ti, no al africano ni al asiático sino a ti. No te pregunto si eres un ángel, o si tienes la mentalidad de David o de Pablo, sino que te pregunto si tienes una bien fundada certidumbre de ser una nueva criatura en Cristo Jesús. Sí, te pregunto si te has despojado del viejo hombre y adoptado el nuevo, si eres consciente de haber pasado por una verdadera transformación, o sea si estás muerto o vivo.

1) No me ignores diciendo que fuiste admitido en la iglesia por medio del bautismo, que recibiste gracia y el espíritu en esa ordenanza, que por eso seguramente tienes vida. Esto no te servirá de nada. Pablo mismo dice de la viuda bautizada que vivía para los placeres: “La que se entrega a los placeres, viviendo está muerta” (1 Tim. 5:6). El Señor Jesucristo mismo le dice al principal de la iglesia de Sardis: “Yo conozco tus obras, que tienes nombre de que vives, y estás muerto” (Apoc. 3:1). La vida a que te refieres no es

nada si no se puede ver. Muéstrame, si quieres que te crea. La gracia es luz, y la luz siempre se puede ver. La gracia es sal, y la sal siempre se puede saborear. Decir que el Espíritu mora en uno pero no se demuestra por frutos visibles y por una gracia que los demás ni pueden ver, es muy sospechoso. Créeme cuando te digo que eres un alma muerta si no tienes más prueba de tu vida espiritual que el haber sido bautizado.

2) No me digas que es algo de lo que no se puede estar seguro, y que es una presunción dar una opinión sobre ello. Esto no es más que una evasiva y una falsa humildad. La vida espiritual no es algo tan incierto y dudoso como te lo imaginas. Existen señales y evidencias por las cuales la pueden discernir los que conocen la Biblia. “Nosotros sabemos”, dice Juan, “que hemos pasado de muerte a vida” (1 Juan 3:14). Hay los que no saben el momento exacto cuando pasaron de muerte a vida. Pero el hecho y la realidad del hecho rara vez es algo incierto. Es como dice la preciosa historia real de lo que una chica escocesa le contestó a Whitefield cuando este le preguntó si su corazón había cambiado: ella le dijo que sabía que algo había cambiado, quizá el mundo, quizá su propio corazón, no sabía qué, pero estaba segura de que algo en alguna parte había cambiado, pues ahora todo era diferente. ¡Ay, deja de evadir la pregunta! ¿Estás muerto o vivo?

3) No me contestes que no sabes. Coincides en que es un asunto muy importante, esperas saberlo antes de morir; tienes intención de ocuparte del asunto tarde o temprano, pero por ahora, no sabes.

¡Cómo que no sabes! Tu futuro eterno depende de tu respuesta. De seguro que no tratas con tanta liviandad tus asuntos terrenales. No administras tus negocios con tanta displicencia. Haces planes para el futuro. Te cubres contra cualquier posible contingencia. Sacas un seguro de vida y de tus posesiones. Entonces, ¿por qué no administrar de la misma manera a tu alma inmortal?

¡Cómo que no sabes! Todo a tu alrededor es incertidumbre. Eres un frágil gusano, tu cuerpo fue perfecta y maravillosamente formando, pero puedes perder la salud de mil maneras. La próxima vez que florezcan las margaritas, puede ser sobre tu tumba. Todo ante ti es oscuridad. No sabes lo que puede pasar mañana y mucho menos el año que viene. Entonces, ¿por qué no poner en orden sin demora lo que concierne a tu alma?

Querido lector, comienza la importante tarea de examinarte a ti mismo. No descanses hasta saber a cabalidad tu propio estado delante de Dios. No pensar en la condición de tu alma es una mala señal. Surge de una conciencia inquieta. Demuestra que consideras adversa tu propia posición. Te sientes como el comerciante deshonesto que sabe que sus cuentas no pasarían una revisión. Temes la luz.

En lo espiritual, como en todo lo demás, la mejor expresión de sabiduría es asegurarte de lo correcto. No des nada por sentado. No compares tu condición con la de los demás. Juzga todo según las normas de la Palabra de Dios. Cometer un error que afecta tu alma es un error con consecuencias eternas. “Sin duda”, dice Leighton, “los que no han nacido de nuevo, un día desearán nunca haber nacido”.

Siéntate ahora y piensa. Estate quieto y en comunión con tu propio corazón. Retírate a tu cuarto y reflexiona. Asegúrate de estar a solas con Dios. Considera la pregunta con

imparcialidad, plenamente y con sinceridad. ¿Cómo te afecta? ¿Estás entre los vivos o entre los muertos?

B. En segundo lugar, quiero hablar con todo cariño al que está muerto.

¿Qué te diré? ¿Qué puedo decirte? ¿Qué palabras mías podrían tocar tu corazón?

Te diré que me aflijo por tu alma. Lo hago en serio. Es posible que ni lo pienses ni te importe. Es posible que te interese poco lo que estoy diciendo. Apenas si miras mis palabras y ya las desprecias volviendo al mundo, pero no puedes impedir lo que siento por ti, no importa lo poco que sientes tú por tu propio destino.

¿Me aflijo cuando te veo arruinando tu salud porque das rienda suelta a tus lujurias y pasiones, plantando así la semilla de la amargura que brotará en tu ancianidad? Mucho más me aflijo por tu alma.

¿Me aflijo cuando te veo despilfarrando tu dinero y malgastando lo que posees? Mucho más me aflijo por tu alma.

¿Me aflijo cuando me entero que has caído en los vicios que no son más que venenos, como el alcohol y las drogas, porque te satisfacen momentáneamente, poniendo en movimiento el reloj de la vida, como si ya no fuera suficientemente corta y cavando así, palada por palada, tu propia tumba? Mucho más me aflijo por tu alma.

Me aflijo al pensar en las oportunidades que has desperdiciado rechazando a Cristo, pisoteando la sangre de la expiación, resistiendo al Espíritu, descuidando la Biblia, despreciando el cielo y colocando al mundo en el lugar de Dios.

Me aflijo al pensar en la felicidad presente que te estás perdiendo, la paz y consolación que estás repudiando, los sufrimientos que te estás juntando y el amargo despertar que un día te tocará.

Tengo que afligirme. No puedo evitarlo. A algunos les puede parecer suficiente afligirse por la muerte de su cuerpo. Por mi parte, creo que hay mucha más razón para afligirnos por su alma muerta. Los hijos de este mundo a veces nos critican por ser tan serios y circunspectos. La verdad es que cuando contemplo al mundo, me maravillo que aún podemos sonreír.

A cada uno que está muerto en sus pecados yo le pregunto ahora: ¿Por qué eliges la muerte? ¿Es la paga del pecado tan dulce y buena que no puedes renunciar a ella? ¿Te da este mundo tantas satisfacciones que no puedes desistir de ellas? ¿Te produce tanto placer el servicio a Satanás que no quieres que tú y él jamás se separen? ¿Es el cielo algo tan insignificante que no vale la pena buscarlo? ¿Es tu alma tan poca cosa que no merece una lucha para salvarla? ¡Ay, vuélvete, vuélvete antes de que sea demasiado tarde! Dios no quiere que perezcas. Dice el Señor: “Vivo yo, no quiero la muerte del que muere”. Jesús te ama, también se aflige al ver tu necedad. Lloró sobre la malvada Jerusalén, diciendo “¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, y no quisiste!”. De seguro que si te pierdes, solo tú tienes la culpa. “Despiértate, tú que duermes, y levántate de los muertos, y te alumbrará Cristo” (Eze. 18:32; Mat. 23:37; Ef. 5:14).

Créeme, el arrepentimiento auténtico es ese paso del que nadie se ha arrepentido jamás. Miles son los que al final de sus días han dicho que habían “servido a Dios

demasiado poco”. Ningún hijo de Adán ha dicho jamás, al dejar este mundo, que se había preocupado demasiado por su alma. El camino de vida es angosto, pero el de los que han ido en esa dirección exclusivamente ninguno ha vuelto para decir que todo fue una falsa ilusión. El camino del mundo es ancho, pero millones han renunciado a él y dan testimonio que era un camino de sufrimientos y desilusiones.

C. En tercer lugar, quiero dirigirme a todo aquel que tiene vida.

¿Tienes realmente la vida espiritual que Dios da? ¿Puedes decir sinceramente: “Muerto era y he revivido; habiendo yo sido ciego, ahora veo”? Si es así, entonces asegúrate de demostrarlo con tus acciones. Sé un testigo consecuente. Haz que tus palabras, tus acciones, tus costumbres y tu temperamento coincidan con tu testimonio. No seas indolente y perezoso, sino activo y entusiasta. Haz que tus gracias brillen para que los que te rodean vean que el Espíritu mora en ti. No dejes que tu luz sea débil, vacilante e incierta sino que arda plenamente como el fuego eterno del altar que nunca se apaga. Procura que tu fe sea tan palpable, tu visión tan clara, tu corazón tan íntegro, tu andar tan recto que todos los que te conocen no tengan ninguna duda de quién eres y a quién sirves. Si el Espíritu nos ha dado vida, tiene que manifestarse de manera que nadie lo dude. No debe ser necesario que alguien tenga que decir de ti: “Él es cristiano”. No seamos tan perezosos e indolentes como para motivar que los demás se acerquen y después de observarnos con atención pregunten: “¿Este está muerto o vivo?”

Tú, ¿estás vivo? Si es así, asegúrate de que lo demuestras con tu crecimiento espiritual. Haz que el enorme cambio interior sea evidente. Sea tu luz una luz que va en aumento, no como el sol de Josué, en el valle de Ajalón, que se detuvo (Jos. 10:12), ni como el sol de Ezequías que retrocedió (2 Rey. 20:9-11), sino que brille cada vez más hasta el final de tus días. Haz que la imagen de tu Señor quien te ha transformado, sea día tras día más clara y nítida. No dejes que sea como las efigies e inscripciones de las monedas que cuanto más se usan, se van haciendo más borrosas y difusas. En cambio, haz que se vaya haciendo más clara a medida que pasa el tiempo, y que la efigie de tu Rey sobresalga con creciente claridad y nitidez.

No confío en una religión pasiva ni creo que el destino del cristiano es ser como un animal, que crece hasta cierta edad y luego deja de crecer. Más bien creo que el cristiano está destinado a ser como un árbol cuya fuerza y vigor aumenta más y más durante toda su vida terrenal. Recuerda las palabras del apóstol Pedro: “Añadid a vuestra fe virtud; a la virtud, conocimiento; al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad” (2 Ped. 1:5-7). Esta es la manera de ser un cristiano útil. Los que están a tu alrededor creerán que eres realmente lo que dices ser cuando vean que eres cada vez mejor, y quizá por ello se sientan atraídos a ti. Esta es la manera de obtener una seguridad firme. “Porque de esta manera os será otorgada amplia y generosa entrada” (2 Ped. 1:11). Si anhelas ser útil y feliz en tu fe, sea tu lema: “¡Adelante, adelante!” hasta tu último día sobre esta tierra.

